

The cover art depicts a lush, alien jungle with tall, slender trees and vibrant, colorful foliage. In the center, a Jedi Knight with a yellow cape and blue tunic is shown in mid-air, wielding a blue lightsaber. Below him, a green-skinned Jedi Padawan is in a ready stance with a purple lightsaber. To the right, a group of four characters, including a young girl with a blue jacket and a droid, look on. The background is filled with dramatic, colorful clouds and a bright sun or moon, with lightning bolts striking down. The entire scene is framed by a golden border.

STAR WARS
THE HIGH REPUBLIC

UNA PRUEBA DE VALOR

JUSTINA IRELAND

Mucho antes de las Guerras Clon o de la Primera Orden, los Jedi iluminaban el camino de la galaxia en una época dorada conocida como la Alta Republica. Vernestra Rwoh, de dieciséis años, acaba de ser nombrada Jedi, pero su primera misión como tal se parece demasiado a hacer de niñera. Le han asignado la vigilancia y cuidado de la aspirante a inventora de doce años Avon Starros, en un crucero de lujo que se dirige a la inauguración de una impresionante estación espacial llamada Faro Starlight. Pero al inicio de su viaje, unas bombas estallan en el interior de la nave. Tras conseguir evitar, por poco, ser absorbidos por el vacío del espacio, Vernestra, Avon, una droide llamada J-6, un padawan de Jedi y el hijo de un embajador consiguen escapar en una lanzadera, pero los dispositivos de comunicación están estropeados y los víveres escasean. El grupo decide aterrizar en una luna cercana que les ofrece amparo, sin saber que el peligro los acecha desde la jungla...

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana

La galaxia está en paz, gobernada por la gloriosa REPÚBLICA y protegida por los nobles y sabios CABALLEROS JEDI.

Para celebrar la buenaventura, la República está a punto de presentar el FARO STARLIGHT en uno de los puntos más alejados del Borde Exterior.

Esta estación funcionará como un rayo de esperanza que todos podrán ver.

Pero, mientras un magnífico renacimiento llega a lo largo y ancho de la República, también lo hace un peligroso nuevo adversario. Los guardianes de la paz y la justicia deberán enfrentarse a algo que los amenaza tanto a ellos y a la galaxia como a la mismísima Fuerza...

PRÓLOGO

Klinith Da estacionó cuidadosamente en el muelle el vehículo de mercancía robado mientras su compañero, Gwishi, buscaba los documentos de la nave en los compartimentos. Arrebatárles cosas a los débiles era una buena forma de ganarse la vida, pero a veces suponía ciertos inconvenientes, como cuando algún oficial atontado se empeñaba en complicarles la existencia. Por lo general, Klinith no se preocupaba de esas cosas —como humana en una galaxia llena de especies mucho más fuertes que ella, había aprendido a arreglárselas sin ayuda—, pero se suponía que no debían llamar la atención, lo que significaba que pegar tiros al personal era impensable.

—¿Nos van a pedir algún documento oficial? —preguntó Klinith, retirándose del rostro uno de sus mechones violeta.

Divisó su reflejo en la pulida superficie de uno de los paneles laterales. No parecía ella en absoluto: se había quitado todos los *piercings* y ocultado las marcas de Strike —tatuajes que advertían a otros nihil sobre su tripulación y su trayectoria como pirata— con el mono que llevaba, aunque no estaba dispuesta a cambiarse el pelo. Sin embargo, seguía siendo una nihil incluso cuando fingía ser otra cosa. Así que tomó un pequeño cable plateado de su bolsillo y lo enhebró en los agujeros que tenía en el labio inferior. Así estaba mejor, menos rara.

—Estando tan lejos no debería importarles —dijo el macho de aqualish, cuyo escaso dominio de la lengua estándar hizo que sus palabras sonasen como un gruñido—. La República no manda en esta parte de la galaxia. Aún.

Al igual que Klinith, Gwishi también llevaba un mono que le ocultaba las marcas de Strike..., todas menos la fea cicatriz en el lado derecho del rostro causada por un disparo de bláster sobre uno de sus ojos. Era un corte irregular que seguía emitiendo un resplandor azul y le llegaba hasta el colmillo. Se había aplicado la tinta cuando la herida aún estaba curándose para probar que, pese a haber sido víctima de una grave herida, el responsable ya no andaba por ahí para repetir su error. Los nihil devolvían las afrentas multiplicadas por tres.

Klinith tomó el bláster y también los cuchillos, dado que, en una tesitura que exigía sigilo, estos solían ser la mejor opción, y los puso en la caja de herramientas. Gwishi tomó su propia pistola, además de una máscara y una lata de gas ovax, que guardó en su alijo de herramientas junto con el resto del equipo. El gas sería necesario para incapacitar a los mecánicos del *Ala Firme*, un crucero de lujo que habían seguido hasta la remota estación fronteriza de Puerto Haileap, en los límites del sector Dalna.

El plan era simple. Les habían encargado embarcar en el *Ala Firme* y sabotearlo desde dentro, de manera que nadie sobreviviera a bordo. El crucero tenía programada la recogida en Haileap de una personalidad relevante para la República, y los nihil debían hacerles saber que no eran bienvenidos en aquella parte de la galaxia. Ni ahora ni nunca. La República les suponía un incordio.

Antes de desembarcar, Klinith retrocedió y tomó una pistola bláster más, lo bastante pequeña para fijársela en la parte alta de la bota. A veces las cosas se complicaban y la gente salía herida: era su parte favorita.

Recorrieron un pequeño tramo a través de una espesa selva, con árboles de tronco marmóreo cubiertos por musgo azul, hasta que divisaron el muelle. Klinith había escogido a conciencia aquel territorio remoto para aterrizar; así, tanto ella como Gwishi podrían pasar inadvertidos. Lo último que necesitaban era que los avasallaran con preguntas.

Con documentos o sin ellos, lo mejor era llamar poco la atención.

—Ahí está —dijo Gwishi, señalando una nave enorme que ocupaba la mayor parte de la pista de aterrizaje.

Era unas diez veces más grande que la nave de mercancía que habían robado, y semejante apreciación hizo que Klinith sintiera cierto miedo.

—Por las siete lunas genetianas, ¿cómo se supone que vamos a destruir eso?

Gwishi suspiró.

—Pues desde dentro. Eres una nihil, actúa como tal y deja de preocuparte.

—No estoy preocupada —contestó ella.

Klinith no tenía ningún problema con la misión, pero no podía ignorar lo importante que parecía esta comparada con anteriores trabajos. Era como si la hubieran ascendido. Y, si tenían éxito, lo conseguiría seguro. Ascendería entre los nihil y quizá llegara a informar a Kassav en persona.

Ya estaban cerca de la nave, y Klinith esbozó una sonrisa producto de la emoción. Todos hablarían de la destrucción del *Ala Firme*.

—Estoy emocionada. Esto va a ser grandioso. Lo único que me entristece es que no hayamos tenido que destrozarnos nada.

Gwishi la miró fijamente.

—Vamos, en marcha —dijo.

Aquello estaba a rebosar de gente procedente de distintos sistemas. Como era la última parada antes de llegar a territorios peligrosos e inexplorados, en Puerto Haileap, igual que en otros puertos de lo que se consideraba el espacio civilizado, había un puesto de combustible para las naves y un área de descanso para que los viajeros se informasen de las novedades y se relajaran antes de encerrarse de nuevo en las angostas naves. La gran zona para aterrizajes, equipada con provisiones, que estaba rodeada de tiendas, le recordaba a Klinith los puestos avanzados que solía

frecuentar, con la diferencia de que ninguno de ellos contaba con árboles marmóreos que se viesan a lo lejos y acariciarán un cielo violáceo con sus verdes copas. Humanos, trandoshanos, pantoranos y demás conformaban la multitud, yendo de un lado para otro entre las tiendas que delimitaban la zona de aterrizaje. Klinith vio un cartel que anunciaba una sala de apuestas al final de un pasillo y le temblaron las manos. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que había jugado al rykestra, un popular juego de dados. Pero en ese momento tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Klinith y Gwishi avanzaron por una de las rampas que conducían al interior del *Ala Firme*. Los guardias de la República que custodiaban la entrada se estaban riendo de algo y apenas prestaron atención a los piratas cuando estos pasaron. Se confundieron a la perfección entre los mecánicos que subían y bajaban de aquella nave de lujo. Una vez dentro, Gwishi le dio una palmada a Klinith en la espalda.

—Demasiado fácil —dijo, y tenía razón.

Mientras caminaban por el pasillo, Klinith sintió una rabia creciendo en su interior que le resultaba familiar. Era una magnífica nave, con hermosos suelos dorados y paredes plateadas que lucían patrones florales que cambiaban cada pocos segundos. Trató de imaginar cómo sería alojarse de verdad en un crucero de aquel calibre. No pudo, y aquello la enfureció más que cualquier otra cosa. Se moría de ganas de destruir el *Ala Firme* y contemplar cómo su belleza desaparecía en la infinidad del espacio.

Klinith seguía a Gwishi, y se detuvo cuando él señaló una placa en medio del pasillo. La nave era tan grande que habían dispuesto mapas cada pocos metros para orientar a quienes los consultasen sobre cómo acceder a cada zona.

—Ahí me dirijo yo —dijo Gwishi con el dedo sobre un punto blanco. Metió la mano en la bolsa de herramientas que llevaba consigo—. Voy a dejarles unas cuantas sorpresas. Tú asegúrate de que las cápsulas de escape no funcio-

nen. Lo último que queremos son supervivientes. Esta será una catástrofe que hará que lo del *Vía Legado* parezca un día de feria en comparación.

Antes de que Klinith pudiera contestar, Gwishi dio la vuelta y se perdió por el pasillo, dejándola sola con la incógnita de dónde se encontraban las cápsulas de escape. Tras unos instantes estudiando el mapa a conciencia —no era muy buena interpretando mapas, y además ese parecía confuso a propósito—, concluyó que estaban en otra cubierta.

Cuando Klinith llegó al lugar donde se encontraban las cápsulas de escape descubrió que no estaba sola. Un droide de mantenimiento iba ajetreado de un lado a otro por la plataforma. Al verla, se detuvo.

—¿Has venido para darle el visto bueno a las cápsulas? —inquirió el droide.

Tenía forma de caja, con múltiples bracitos que surgían en todas las direcciones.

—Sí, pero necesitamos actualizarlas. Saca los controles y los sistemas de navegación.

El droide rodó hacia adelante y hacia atrás, como si estuviera procesando sus indicaciones.

—No tengo instrucciones para tal procedimiento. Tengo que actualizarme para recibir instrucciones nuevas.

En la pared había una gran hidrollave, y Klinith la agarró para comprobar su peso.

—Pues tengo tus actualizaciones justo aquí.

Estampó la pesada herramienta en la parte superior del droide una y otra vez hasta que este se convirtió en añicos metálicos. El estropicio hizo que Klinith esbozara una sonrisa.

Al final sí había tenido que destrozar algo.

CAPÍTULO UNO

Vernestra Rwoh contemplaba la reluciente nave en el muelle de atraque y evaluaba la tarea que le aguardaba con una mezcla de entusiasmo y temor. Era su primera misión para el Consejo Jedi y la primera como Jedi. Llevaba soñando con aquel día desde que era una padawan. Hacía poco que era Jedi y aún le parecía increíble.

No importaba que la labor que le habían asignado consistiera en mantener a salvo a la hija de una senadora. Hacer de niñera parecía poca cosa para un Jedi, pero Vernestra no permitiría que aquel detalle mermara su espíritu.

La mismísima canciller había enviado el impresionante crucero de lujo. Se alzaba por encima de las demás naves que había en Puerto Haileap y su casco resplandecía como lo haría un pez mael varado, con elegantes curvas plateadas. El *Ala Firme* contaba con dieciséis cubiertas —una de ellas destinada en exclusiva a juegos—, tres jardines decorativos e incluso un salón con capacidad para albergar a un millar de comensales. Aquella nave era lo más formidable que Vernestra había visto nunca, lo cual no resultaba extraordinario, teniendo en cuenta que en Puerto Haileap se reunían con frecuencia las naves de las mejores compañías —Tours Galaxia, Viajes Emoción Espacial y Líneas Estelares Chandrila—, además de los yates recreativos en los que viajaban embajadores que visitaban planetas lejanos, y que lideraban aventuras en busca de planetas nuevos en regiones inexploradas. Pero el *Ala Firme* era algo totalmente distinto, una nave digna de una delegación importante.

Vernestra se ajustó la chaqueta, cuyo borde estaba decorado con un intrincado bordado dorado y brillante que indicaba su puesto como Jedi del templo de Hynestia. Se sentía incómoda con su traje nuevo, de más calidad que lo que solía llevar. Puerto Haileap era un lugar bastante ajetreado, y Vernestra podría habérselas arreglado con un uniforme de uso diario: una túnica dorada y pantalones de color marfil cubiertos por una chaqueta más sencilla y con el mismo bordado. En puestos fronterizos como aquel no había necesidad de formalidades. La poca civilización que se había erigido en aquel enorme bosque de madera marmórea existía para asistir a los transportistas de largo recorrido en servicios de combustible y reabastecimiento, así que la vestimenta de una joven Jedi era lo último en lo que se fijaban los visitantes. Pero la nave estaba allí por la inauguración del Faro Starlight, el mayor logro de la gloriosa República, y sería la encargada de llevar a bordo una delegación desde Dalna de vuelta a Coruscant tras el reseñable acontecimiento. Por lo que no podía presentarse vestida con unas sencillas prendas de color marfil bordadas. Así que ahí estaba, algo incómoda con su opulento atuendo.

Vernestra se distrajo con el Faro Starlight y olvidó por un momento sus preocupaciones sobre llevar a cabo un buen trabajo durante la misión para complacer a los Jedi. Mitad templo, mitad estación para la República, el enorme faro llevaba en construcción desde que tenía memoria. Cuando era pequeña, oía hablar a sus mayores acerca de que Starlight, como la gente solía llamarlo, iba a cambiar la galaxia para bien con respecto a los planetas lejanos al Núcleo. Mejores comunicaciones, más respaldo de la República...; el Faro Starlight iba a cambiarlo todo. La estación espacial de la República en las inmediaciones del Borde Exterior serviría como refugio en la nada, una luz en la oscuridad. Haría que la galaxia fuera mejor para todos. Vernestra era afortunada por tener ocasión de verlo con sus propios ojos.

Se sentía orgullosa de ser una Jedi y estaba contenta por que la Fuerza le hubiera concedido tal oportunidad. Intentó que la vanidad no se apoderase de ella, pues era consciente de que la Fuerza era tan responsable de su buena suerte como su trabajo y esfuerzo, pero resultaba difícil al mirar el *Ala Firme* y prever las semanas que le esperaban.

En su defensa, podía decir que aquel no estaba siendo un año cualquiera. Vernestra se había enfrentado a la prueba Jedi por recomendación de su maestro y, para sorpresa de muchos, la había superado. «¿Quién es esa? Nadie especial», murmuraban los demás padawanes. Y tenían razón: no era más que una chica mirialana con el don de la Fuerza, y había cientos de padawanes y aprendices como ella.

Pero, por lo que sabía, era la única Jedi que había pasado la prueba al primer intento con tan solo quince años, mientras que la mayoría de los padawanes a esa edad estaban en las fases tempranas de su adiestramiento. Y, muchos días, en lugar de mostrarse arrogante por semejante prodigio, Vernestra sentía una gran responsabilidad en cuanto a ayudar a la galaxia como la Fuerza o el Consejo Jedi creyeran conveniente. Pero ¿tan inaceptable era que saborease sus logros por unos instantes? Cerró los ojos y sintió cómo la Fuerza fluía por todas partes, a la vez que analizaba los sentimientos y las obligaciones que se avecinaban. Incluso en ese momento, con dieciséis años, lo de ser un Caballero Jedi parecía demasiado. Pero, mientras se lo permitieran, daría lo mejor de sí misma.

Decidió que no pasaba nada por alegrarse con su primera misión, aunque consistiera en hacer de niñera.

—¡Deténganla!

La calma terminó y, al abrir los ojos, Vernestra vio a un droide de mantenimiento persiguiendo a una humana menuda, de piel oscura que conducía una moto aerodeslizadora construida con toda clase de cachivaches. Su rostro quedaba enmarcado por un montón de rizos alborotados, y en su mano enguantada sostenía un cristal de energía des-

tellante. Tenía una expresión de júbilo que Vernestra conocía muy bien.

Avon Starros, hija de la senadora Ghirra Starros, rara vez hacía algo bueno. La chica todavía no había visto a Vernestra, y la Jedi se aprovechó de eso. Vernestra alzó las manos con la palma hacia Avon y empujó con la Fuerza. La muchacha salió despedida de su moto casera, pero, en lugar de dejarla caer, Vernestra la mantuvo suspendida en el aire mientras el vehículo proseguía su avance a lo largo del muelle.

—Avon —dijo con dulzura—, ¿qué pasa aquí?

La expresión alegre de la chica se agrió en cuanto vio a Vernestra.

—Jo, pensaba que ya estarías a bordo de la nave.

—No, he decidido dar un paseo antes de irnos, aunque ya veo que no soy la única. ¿Qué has hecho?

—¡Nada! No he hecho nada. Por todas las estrellas, no entiendo por qué siempre crees que todo es culpa mía, Vern.

Vernestra apretó los dientes al oír aquel horrible apelativo. El maestro Douglas Sunvale la llamaba así, y aunque nunca había tenido el arrojo suficiente para corregir a un maestro Jedi, no iba a tener los mismos escrúpulos con una chica más joven que ella.

—No me llames así, por favor.

La liberó de la Fuerza y dejó que Avon cayera al suelo, que estaba apenas a unos palmos. La moto aerodeslizante, que la chica no había dudado en construir utilizando restos de materiales que había por el puerto, chocó contra una montaña de cajas.

—Eres lo peor —se quejó Avon, al tiempo que se estiraba con dramatismo en el suelo.

—No ha sido para tanto —dijo Vernestra, aunque había sido un poco mezquino de su parte dejarla caer.

—Esto me lo guardo —dijo el droide de mantenimiento, tomando el cristal de la mano enguantada de Avon antes

de dar media vuelta y volver por donde había venido.

Vernestra se acercó a Avon y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, pero la chica se limitó a mirarla y se levantó sola.

—Algún día, cuando sea la inventora más ilustre de la galaxia, crearé un aparato que bloquee la Fuerza —dijo Avon—. Y ya veremos si te gusta.

Vernestra soltó una carcajada.

—Avon, ya hemos hablado de eso. La Fuerza está en nosotros y en todas partes. No es como tus cristales de energía. Es imposible bloquear la Fuerza. De todos modos, ¿por qué has tomado el cristal de ese droide?

Avon bufó.

—Es para un experimento. Y tampoco es que vaya a contártelo, Jedi. Sé que te las ingeniarías para estropearlo. Además, ¿no podrías limitarte a leerme la mente y ya está?

La muchacha se cruzó de brazos, y Vernestra suspiró. Ella y Avon siempre estaban discutiendo. No era porque no le gustara la pequeña, más bien al contrario: los múltiples inventos y teorías de Avon le parecían más que fascinantes, pero a la niña no le gustaba que le dijeran que no, y había terminado en Puerto Haileap precisamente por esa razón. Su madre, la senadora Ghirra Starros, la había enviado allí con la esperanza de que, tras pasar un tiempo en los límites de la galaxia, apreciase su vida en Coruscant. Pero todo lo que había conseguido era que Avon fuera más dada a seguir su propia voluntad, lo que con frecuencia la llevaba a construir máquinas con trastos.

En realidad, no había motivo para que Avon acompañase a la delegación a Starlight y luego regresara a Coruscant; su madre no había enviado a nadie a buscarla, y ella no tenía ningún papel oficial en el viaje, pero el maestro Douglas, el oficial de la estación fronteriza, había solicitado que Avon los acompañara porque el hijo del senador de Dalna también tenía doce años. Esperaba que ambos trabaran

amistad y que ella suavizase la visión que se tenía en Dalna de la República. Vernestra también lo esperaba, sobre todo porque la chica necesitaba un amigo.

—¡Señorita Avon! Llegas tarde. Si no subes a bordo de esa nave ahora mismo, desacoplaré los cables de enlace y ya veremos si tu moto aerodeslizante se mueve.

Una droide de un rosa dorado tan alta como Vernestra se detuvo junto a ellas. J-6, la droide de protocolo de Avon, era mitad guardiana y mitad niñera, y tenía mucho carácter. Hablaba como ningún otro droide que Vernestra hubiera conocido, y sospechaba que Avon había tenido algo que ver en eso.

Avon soltó un largo suspiro y se retiró un mechón rebelde de la cara. Echó a andar hacia su moto aerodeslizante y la enderezó para encaramarse a ella.

—Bueno, parece que la fiesta se ha acabado. Lo entiendo, Jota-Seis, no es necesario ningún sabotaje. ¿Nos acompañas, Vern? No querrás llegar tarde, ¿no?

Vernestra sonrió y asintió. Le entusiasmaba la idea de ver el Faro Starlight, aunque ello significara que tuviese que trabajar el doble para procurar que Avon no se metiera en ningún lío.

—Andando.

Mientras cruzaban por la rampa de embarque del *A la Firme*, Vernestra tropezó y soltó un suspiro. Avon la miró de soslayo.

—¿Todo bien?

Vernestra se llevó la mano al pecho y dirigió la vista hacia un aqualish que toqueteaba un panel de acceso junto a la rampa. Este le devolvió la mirada con tres ojos sin parpadear. Le faltaba el ojo inferior derecho, cuyo lugar ocupaba una cicatriz azulada. No había nada más en él que resultara destacable; llevaba el mismo mono naranja que el resto del personal de mantenimiento de la estación.

—No pasa nada —contestó al fin Vernestra.